

Presentación

El miedo a lo desconocido causa, individual y colectivamente, además de desesperación, incertidumbre. Con todo, la inmensidad del universo, sus fascinantes incógnitas, sus siempre ensanchadas o minúsculas zonas de sorpresa convierten a la mente del ser humano en perenne perseguidor del conocimiento, de la explicación, el registro y finalmente de los mecanismos del cambio. El impulso básico de alcanzar el entendimiento de las cosas, de los fenómenos —deberíamos haberlo aceptado ya total, colectivamente— resulta inherente a la naturaleza del hombre, de la mujer. Esta inclinación se manifiesta desde una edad colindante con el nacimiento y en sus ancestrales vicisitudes la creatura humana ha marcado el paso de una etapa de civilización a otra. A veces, por lapsos, por episodios históricos, esta energía indagadora ha fascinado de tal manera a la especie que, en la carrera por la explicación racional y científica, la vida misma de individuos y participantes ha quedado rota o eliminada del intento. Y no sólo eso, sino que por etapas, los analistas, pensadores y líderes del cambio han vuelto sus esfuerzos en dirección de lo ya hecho, de lo ya construido, de lo ya vivido para que renazca de entre los elementos superados, una nueva estructura, vital, vistosa, operativa del conocimiento. Nos bastaba la supervivencia y sin embargo nos concentramos en el estallido y la vastedad de los razonamientos, en la idea y el concepto colmados, renovados y recreados. Y así va el camino de la historia, hecho y rehecho por las nuevas situaciones, ensanchado y vuelto a pensar por las siempre más recientes comunidades del pensamiento, por las nuevas generaciones. ♦